

Henry Parker. *La princesa de cristal y otros cuentos populares del viejo Ceilán*. Trad. y ed. Luisa Helen Frey, Santiago Cortés Hernández y José Manuel Pedrosa. Madrid: Páginas de Espuma, 2006; 254 pp.

Esta es la primera vez que se traducen al español algunos de los relatos que, en *Village Folk-Tales of Ceylon*, recogió Henry Parker a principios del siglo XX en las distintas provincias de Sri Lanka, entonces conocida como Ceilán o *Lankawa*.

La selección es, seguramente, una muestra representativa de los textos recopilados por Parker, aun cuando los editores subrayan la dificultad que tuvieron en el momento de elegir cada relato: “tan deslumbrador es el conjunto, tan sugestivos son todos y cada uno de los cuentos” (74). Es verdad que la sensación que deja en el lector este asombroso compendio de 49 textos — etiológicos, maravillosos, de animales, picarescos, satíricos o didácticos — es el de la cercanía con un mundo extraordinario, en el que se dan cita seres tan fantásticos como el rey de cuatro rostros, que emparentó con el rey de las tortugas (núm. 15), o el caballo de cera que ayudó a un príncipe a escapar de su palacio, como los brahmanes habían augurado en su nacimiento (núm. 19).

Asimismo, los nombres de árboles como la *kina*, el *baniano*, el *Na*; de dioses como *Senasura*, *Visnú*, *Shamán*; o de los demonios, como *Rakshasa* o *Kohomba*, dan a cada texto un toque de exotismo, lejano sólo en apariencia. Así, por ejemplo, en el siguiente relato, uno de los más breves de la colección, donde se narra cómo

Un agricultor fue a su jardín de *kaekiris* [un fruto] y, al encontrar que había uno muy hermoso y maduro, se lo llevó al jefe de aquel país. Cuando lo vio el *ratemhatmaya*, quedó tan complacido que le dio a cambio un toro joven de gran valor.

Otro hombre que vivía en la ciudad se enteró de aquello y pensó: “Si yo le llevo también un regalo al jefe, recibiré a cambio otro presente de mucho más valor que el mío”. Y le llevó la vaquilla más valiosa de su ganado.

El *ratemahatmaya* se dio cuenta de la estratagema, así que le dio al hombre el *kaekiri* que le había llevado el agricultor (núm. 23).

La mención de una fruta desconocida y la presencia de un gobernador *ratemhatmaya* no elimina la sensación de cercanía de esta historia, cuyos protagonistas se asemejan a un sinfín de personajes de cuentos occidentales con argumentos similares. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con el relato núm. 30, *La rana en la nariz de la reina* — que nos recuerda el cuento de Grimm *Un buen negocio* (o *La princesa que no podía reír*) —, donde el protagonista sana a la hija del rey, después de relatarle sus desventuras: “Pero aquella historia le había hecho tanta gracia que, en cuanto concluyó, le dieron ganas de reír y soltó un resoplido a través de la nariz. Entonces cayó la ranita al suelo” (196-197). Otro caso similar es el del cuento núm. 29, *El curandero que venció a la muerte atrapándola en lo alto de un árbol y metiéndola dentro de una botella*, que es una versión de “La muerte padrino”, “El herrero y el diablo”, “El espíritu en la botella” (68), y que en México podemos reconocer en la película *Macario*, protagonizada por Ignacio López Tarso (1960).

La universalidad de los tipos y motivos que conforman estos relatos es, de hecho, el tema principal de los estudios que anteceden a la presente antología. José Fradejas Lebrero, por ejemplo, se detiene en el cuento núm. 20, *El rey malvado y el príncipe adoptado que sobrevivía a todas las pruebas*, demostrando sus paralelismos con textos, mitos, cuentos y leyendas de diferentes países. Entre los ejemplos que el investigador señala, cabe destacar las semejanzas entre el héroe del cuento cingalés y el héroe mítico español Habis o Abidis, “soberano de Tartesos, que puede ser tenido como el primer monarca (legendario, claro) fundador y culturizador de la vieja Iberia” (17), que aparece en las crónicas de Trogo Pompeyo y Justino y que dejó “honda huella en la tradición literaria y en el imaginario colectivo español” (18).

José Manuel Pedrosa, por su parte, realiza un estudio comparativo de diferentes cuentos, que son “tan hermosos, tan exóticos, tan originalmente *locales* en apariencia”, pero que “tienen por hermanos — y con rasgos muchas veces increíblemente similares — a cuentos de tradición muy arraigada en prácticamente todo el mundo” (62). Entre los relatos que el investigador analiza se encuentra el núm. 2, que narra la historia del origen del *sol y el arroz grande* a partir de una maldición materna:

—Tú serás cocinada hasta en el infierno.

La hermana mayor se convirtió en el Arroz Grande, que hasta en el infierno es cocinado en barro (82).

La historia de la transformación de una muchacha en un cereal típico de Ceilán, es una versión de un mito universal alrededor del castigo divino que se genera cuando los hijos niegan la comida a sus padres. Este cuento tiene, como muestra Pedrosa, interesantes paralelos con leyendas de países tan lejanos entre sí como Argentina, China o Madagascar, así como con obras de diferentes tradiciones literarias, que incluyen la Biblia, los *exempla* medievales, los dramas de Sófocles, el romancero español, lo mismo que una historia china del siglo XVII o *Cien años de soledad* de García Márquez.

Además del análisis de los textos, Pedrosa también incluye una “Tabla de concordancias con el catálogo universal de tipos de cuentos” (67-68), que resulta de gran utilidad para observar la variedad de los motivos que se aprecian en cada una de las historias recogidas:

Porque nada es más fácil, en ese caso, que constatar que, por más insular y específica que parezca la tradición cuentística del remoto enclave —varado en el océano Índico— de Ceilán, sus flores podrán ser exóticas pero no endémicas, preciosas pero no exclusivas; y que sus ramas son mecidas por vientos que no son sólo los de la gran isla, sino los que recorren y traspasan todas las latitudes del mundo sin someterse a límites geográficos ni a fronteras administrativas (24).

La última parte de la colección consiste en un grupo de relatos acerca de las costumbres y creencias de los habitantes de Ceilán. Esta sección, que consta de cinco narraciones (núms. 45-49), sirve para conocer la cultura —mágica y maravillosa, en muchos casos— del pueblo cingalés:

Todos tienen muy presente la precaución de acostarse, si es que tienen posibilidad, en dirección al este y al oeste, y nunca con las cabezas hacia el sur. Allí es donde se encuentra la morada de *Yama*, el dios de la muerte, mientras que el norte se halla habitado por demonios. Por eso están tales direcciones expuestas a influencias malignas que pueden actuar sobre el durmiente y ser acaso el origen de males de tan indeseable agüero como las pesadillas (233).

Escenas como la anterior, así como los cuentos recopilados, no dejan de tener un enorme interés antropológico. *La princesa de cristal* es, además, un invaluable documento literario, una cuidada edición, en la que se puede percibir el aroma del *curry* y del arroz recién preparado.

CLAUDIA CARRANZA VERA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM